



EL NUEVO MILENIO Y EL TRABAJO BIBLIOTECARIO

Julia García Maza*

.....

Cuenta Hecateo de Abdera en su «Aegyptiaca», que no era ni más ni menos que una nueva versión de la historia de Egipto, orientada a favorecer la buena convivencia entre griegos y egipcios en tierras de Alejandría, que en el frontispicio de la antigua biblioteca de Tebas figuraba una inscripción cargada de sugerencias: TESORO DE LOS REMEDIOS DEL ALMA. Siempre me pregunté qué podría estar pensando y sintiendo el faraón Ossismandias, en el 3000.000 a. C., cuando mandó cincelar semejante inscripción. Ciertamente, nunca lo podremos saber. Sin embargo, no es difícil conjeturar que nos estaba hablando de un tesoro de orden espiritual, un tesoro que tenía la capacidad de remediar los irremediables males del alma. Y este tesoro con capacidad salvífica estaba contenido en tablillas y pergaminos, es decir, en los libros de la biblioteca. Cuando por primera vez tuve conocimiento de ella, creo que fue el momento en que empecé a darme cuenta de hasta qué punto una biblioteca es, fundamentalmente, una concepción del mundo, tal como se pudo ver siglos más tarde en la emblemática biblioteca de Alejandría o como, ya en pleno racionalismo, se pudo ver en la biblioteca alemana de Wolfenbüttel, a cuya clasificación el filósofo Leibniz pretendió trasponer su sistema de organización del conocimiento, que a su vez reflejaba su forma de concebir el mundo.

Así pues, mi punto de partida a la hora de hablar sobre las bibliotecas, es que en el fondo de toda biblioteca, pública o de investigación, grande o pequeña, personal o académica, subyace siempre una concepción del mundo. De la forma en que concibamos nuestra manera de estar en el mundo, dependerá la forma en que concibamos nuestras bibliotecas. Organizar el conocimiento para hacerlo llegar a los usuarios de forma ágil y eficaz, difundir la información poniéndola al servicio de la ciudadanía como un instrumento liberador de acceso a la cultura, ser caja de

* Directora de la Biblioteca del Instituto de Filosofía. Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España.



resonancia de las demandas sociales, son objetivos que sólo serán alcanzados con éxito si nuestra biblioteca está concebida desde una perspectiva universal y con amplitud de miras.

Cuando Alejandro Magno, discípulo de Aristóteles, mandó construir la ciudad de Alejandría como modelo de sus ideales políticos, buscó la cuadratura del círculo: conciliar en ella los nítidos conceptos de la lógica aristotélica con la sensualidad de la sabiduría oriental. Para ello era preciso reunir la memoria de los pueblos y los testimonios de los desarrollos de la ciencia, es decir, todo el saber acumulado, el saber universal contenido en una biblioteca, que sería el instrumento catalizador y armonizador del calidoscopio de culturas que atravesaban Alejandría. Ese crisol de culturas que fue Alejandría, representada fundamentalmente por su biblioteca, marcó una impronta de deseo que subyace a toda biblioteca, maravillosamente expresado en el lenguaje de la literatura por el escritor Borges en «La biblioteca de Babel»: contener todos los libros escritos y por escribir organizados en una clasificación infinitamente abarcable de todo el saber. Poseer el elixir de la sabiduría representado en una biblioteca, es el deseo nunca alcanzado pero permanentemente perseguido por la humanidad para responder al reto de un futuro aún por escribir.

En sus primeras experiencias en la biblioteca de su abuelo, el filósofo Jean-Paul Sartre, siendo aún un niño y por tanto un incipiente lector, descubrió que la biblioteca se le apareció como el mundo entero reflejado en un espejo. La biblioteca abarcaba para él las infinitas tonalidades de una realidad fácil de alcanzar pero difícil de comprender, porque los libros le iban permitiendo construir el mundo, su mundo. Así pues, la biblioteca refleja una concepción del mundo y, al mismo tiempo, permite crear nuevas concepciones del mundo, porque la biblioteca siempre es, igual que Alejandría, imaginación y creación.

Pero desde aquella Alejandría, ciudad del recuerdo como la definió Lawrence Durrell, han pasado muchos siglos. El mundo es radicalmente distinto y el saber es infinito e inabarcable. Todo ha cambiado y también han cambiado las bibliotecas. El mundo occidental ha sufrido las turbulencias y éxitos de su historia, los encantos y desencantos del progreso. La racionalidad occidental pasó de ser la garantía del sentido del universo, a convertirse en el pasaporte a la quiebra de ese sentido. Un mundo fracturado por el desarrollo de la ciencia y de la técnica, cristalizó en una



realidad inmensamente plural y compleja. Desde la creación del Estado moderno, en cuya base se halla entre otros factores el surgimiento de la imprenta; el libro y la lectura tuvieron un papel emancipatorio fundamental, y el pensamiento libre de las cadenas eclesiásticas, se lanzó a la investigación científica y a la invención de las instituciones políticas que culminarían en las sociedades democráticas contemporáneas, sociedades que han llevado a cabo en los últimos 20 años el más importante desafío tecnológico marcado por el desarrollo de las telecomunicaciones, lo cual ha ido generando unas nuevas características sociales a todos los niveles, que constituyen la semilla de lo que será nuestro futuro a corto plazo.

Si hay un término capaz de definir por sí mismo la esencia de lo que es esta nueva característica de nuestra sociedad, es sin duda el término **globalización**. Con él nombramos el nuevo fenómeno histórico permitido y estimulado por las tecnologías de la información y comunicaciones que está marcando todos los ámbitos de nuestra sociedad y de nuestras vidas. Aunque el término es de origen económico y hace referencia al hecho de que cada vez más el núcleo básico de la economía que regula los ritmos y orienta la inversión y los mercados, funciona cotidianamente de una forma única a nivel planetario, es innegable que también cada vez más el núcleo de una gran parte de nuestros ámbitos de vida, funciona esencialmente de forma globalizada: la ciencia y la técnica, los medios de comunicación, las actividades financieras, los profesionales cualificados, el arte, el deporte, la música, la religión etc. dependen cada vez más de la lógica inscrita en las redes informatizadas que arquitecturan nuestras vidas.

Navegar en las aguas globales es un hecho ineludible, pero para que esta necesidad adquiera una dimensión potenciadora, hace falta información, hace falta educación. Por eso es absolutamente necesario que todas las instancias científicas y culturales implicadas en los desarrollos tecnológicos y en el establecimiento de las prioridades de su aplicación y utilización, hagan una reflexión en profundidad acerca de lo que somos y hacia qué futuro queremos abocar. Las bibliotecas universitarias y de investigación, como un eslabón fundamental en la cadena de la producción del conocimiento, están llamadas a cumplir con su parte de responsabilidad en este conjunto que es la ciencia, ya que de su capacidad de respuesta a los nuevos desafíos, dependerá el mayor o menor grado de participación en la orientación de las políticas científicas nacionales.



Ahora bien, ¿cómo deben llevar a cabo las bibliotecas esta reflexión de manera que puedan constituirse en un instrumento verdaderamente eficaz al servicio de la investigación? Desde mi propia experiencia como responsable de una de las bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (el más importante organismo público de investigación en España), creo que nuestra reflexión debe estar orientada siguiendo dos líneas. En primer lugar, debemos reflexionar sobre nuestra propia autopercepción. En segundo lugar, y como consecuencia de esa autopercepción, debemos reflexionar sobre cuál es el enfoque adecuado de nuestro quehacer bibliotecario como mediadoras del conocimiento.

Empezando por lo primero, es decir, por la reflexión sobre nuestra autopercepción, yo creo que las bibliotecas deben autoperibirse dentro de las coordenadas de las políticas científicas nacionales de los respectivos países. Para ello, debemos empezar reflexionando sobre la nueva forma de producción del conocimiento que nos viene dada por el fenómeno de la globalización, pasando después a considerar la articulación institucional del mismo. En segundo lugar, debemos enfocar nuestra atención hacia los planteamientos cooperativos que se infieren de lo anterior para, finalmente, abordar los nuevos aspectos que nos plantea el desafío tecnológico.

Como he señalado anteriormente, el fenómeno de la globalización está afectando a todos los aspectos de nuestra sociedad. En lo que respecta a la producción científica, la incidencia de las tecnologías de la información y telecomunicaciones ha sido tan importante que casi podemos decir que está empezando a generarse un nuevo paradigma de la ciencia, tal como lo entiende el filósofo Kuhn. La incidencia no es sólo en cuanto a los contenidos, sino en cuanto al contexto en el que se produce el conocimiento. Puede decirse que las características más relevantes de la nueva forma de producción del conocimiento son las siguientes: el surgimiento dentro de contextos de aplicación (se produce ciencia para solucionar problemas de medio ambiente, para hacer fertilización *in vitro* etc.); la interdisciplinariedad (nunca como ahora son tan relevantes las implicaciones éticas de la ciencia, por ej.); la heterogeneidad en la organización (el control de la organización ya no puede mantenerse encerrado en los límites de los laboratorios o en los departamentos de las universidades); el control social (nunca la ciencia ha estado, en cierto sentido, tan cerca de los ciudadanos, que toman partido sobre el debate nuclear, la disminución de la capa de ozono, los derechos de los animales etc.); y su desarrollo dentro de un entorno telemático. Esta última característica incide no sólo en la



forma en que se lleva a cabo el trabajo científico (comunicación por correo electrónico, transferencia de ficheros, teleconferencias etc.), sino también, y esto es lo más importante, en el nuevo modo de interacción social que esta forma de trabajar está produciendo. Ya no hace falta la presencia física de los investigadores en los laboratorios para investigar, incluso los aparatos de precisión y medida pueden usarse a distancia al estar accesibles a través de Internet. Tampoco hace falta esperar a la celebración de Congresos para debatir las ponencias, ya que también esto puede hacerse a distancia. En resumen, podemos hablar del surgimiento de la «teleciencia», tal como lo ha caracterizado el filósofo Javier Echeverría en sus obras «Telépolis» y «Cosmopolitas domésticos».

Pero además, esta nueva dinámica de producción del conocimiento, presenta otra característica esencial, que es la forma en que está articulada a través de políticas científicas. El concepto de política científica es un concepto de nuestra generación, surgido a partir de la II Guerra Mundial en Estados Unidos. Con motivo de la Guerra, EE.UU había hecho un enorme esfuerzo en la creación de laboratorios de investigación y en el desarrollo de alta tecnología. Al finalizar la guerra, se decide rentabilizar este esfuerzo con fines pacíficos poniéndolo a disposición de la sociedad civil. Para ello es preciso crear los mecanismos institucionales y financieros que permitan su desarrollo permanente. Así en 1950, siendo Presidente de los EE.UU Roosevelt, se crea la NSF (National Science Foundation), que será el organismo encargado de fijar las prioridades de investigación del país así como de buscar y coordinar las fuentes de financiación de la misma. A partir de este momento, muchos países adoptan este modelo, que es lo que constituye lo que denominamos un **Sistema de I+D**, que no es sino el conjunto de mecanismos institucionales y financieros y de organismos públicos y privados para crear la infraestructura del desarrollo científico. Los Sistemas de I+D están regulados por el pertinente organismo nacional, siempre dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia (sea cual sea la denominación nacional), que es el encargado de crear el Plan Nacional de I+D. En este sentido, en la era de la globalización cada vez es mayor la tendencia a coordinar las políticas científicas a nivel supranacional. En el caso europeo, es la UE la que crea los llamados «Programas Marco de I+D», que marcan las pautas que han de seguir los sistemas de I+D de todos los países miembros, bajo los criterios de coordinar acciones y compartir recursos y con el objetivo de responder a las demandas sociales. En el caso colombiano, COLCIENCIAS es el organismo que establece, coordinadamente con Venezuela y México, las pautas en el denominado **Sistema de Innovación Nacional**.



¿En qué medida afecta a las bibliotecas el sistema de I+D? En una medida muy esencial, ya que es dentro de los sistemas de I+D donde se marcan las pautas de la telemática para bibliotecas, y además es el ámbito en el que pueden participar las bibliotecas para desarrollar proyectos de investigación. En el caso europeo, cada vez es mayor la participación de las bibliotecas en los proyectos de la UE y España está teniendo una presencia cada vez mayor. Es, por lo tanto, la entrada de pleno derecho de las bibliotecas en el sistema de I+D. Teniendo en cuenta que la principal preocupación en estos momentos de los Sistemas de I+D es ser capaces de responder de forma atinada a las demandas sociales, las bibliotecas se encuentran con una oportunidad única que no deben dejar escapar de las manos, ya que son la pieza clave para detectar las demandas de la investigación a nivel informativo. Por esta razón tiene un enorme calado el hecho de que las bibliotecas se autoperciban como un eslabón dentro de estas coordenadas institucionales.

Como consecuencia de lo anterior, se produce un nuevo referente para nuestra ubicación. Se trata de la cooperación. En la era de la globalización, ya nadie puede investigar solo. La investigación y la ciencia han adquirido dimensiones planetarias. Como dije antes, coordinar acciones y compartir recursos son las líneas que marcan la investigación. Las bibliotecas también deben autoperibirse dentro de las coordenadas cooperativas. Romper hábitos de trabajo caracterizados por un fuerte individualismo ha sido un desafío para los bibliotecarios, aunque afortunadamente ya los estamos empezando a vencer. Ya no podemos autoperibirnos como bibliotecarios de nuestra biblioteca física, sino de una biblioteca virtual que tenemos que ser capaces de poner al alcance de nuestros usuarios. Esto implica pensar la biblioteca de otra manera, sabiendo que como ya no es posible tener todos los libros deseados, hay que coordinar las políticas de adquisiciones con bibliotecas similares temáticamente. Como contrapartida, hay que dedicar un enorme esfuerzo a potenciar un servicio ágil y eficaz de préstamo interbibliotecario.

La tercera coordenada básica de nuestra autopercepción, viene dada por el reto tecnológico. Durante los últimos años, las bibliotecas y los bibliotecarios hemos tenido que aprender a adiestrarnos en la utilización de las TIC, hemos tenido que informatizar nuestros fondos y hemos tenido que renovar nuestros sistemas. Esta primera etapa ya está cubierta y ahora el desafío está en ese día después de las tecnologías, que está produciendo tantos cambios en todos los ámbitos de nuestras vidas, como ya dije antes. Aún nos falta aparato crítico para interpretar esa nueva



realidad, pero ya empiezan a producirse los primeros atisbos de reflexión. El dato más relevante es el cambio que se ha producido en el paradigma de la comunicación. Hasta ahora, las bibliotecas eran depositarias de la información y, como proveedoras de la misma, marcaban unas pautas a las que el usuario tenía que someterse. Pero ahora cada vez son más los usuarios que tienen acceso a Internet desde sus propios ordenadores y, en consecuencia, ellos mismos son capaces de buscarse la información. Nuestro papel de oráculo de Delfos ha llegado a su fin. Esta tercera coordenada nos lleva directamente a lo que he señalado como nuestra segunda línea de reflexión. Si nuestros usuarios son autosuficientes, o lo serán en un futuro próximo, ¿cómo debemos enfocar nuestro quehacer como mediadoras del conocimiento?

Podemos decir que el papel mediador de las bibliotecas ha consistido siempre en ofrecer una «ventana» a través de la cual el usuario pudiera saber qué es lo que podía encontrar (esa ventana estaba formada por varios ingredientes: desde los paneles informativos y la señalización, hasta el catálogo y los anaqueles con los libros), en recibir la petición de información y en satisfacerla. Básicamente, esta dinámica no ha cambiado, pero sí ha cambiado el contexto de telecomunicaciones en que ahora se realiza esta mediación. Por esta razón, nuestro gran reto es salir al encuentro del usuario en esta nueva situación, imaginando alternativas de funcionamiento a nuestro papel mediador.

Tanto los procesos técnicos como los servicios se ven profundamente afectados por la vida en red telemática, hasta el punto de que tanto el servicio de adquisiciones como el de préstamo tienen que ser a veces servicio de referencia. Es decir, el peso está en dar información, pero no la información de nuestros catálogos o de nuestras bibliotecas, sino la información de la red. Así pues, nuestra tarea radicará más bien en organizar el conocimiento impreso y el conocimiento electrónico a través de la gran puerta de entrada a la referencia, que es la página web. Esto implicará cubrir aspectos importantes, como son: generar una buena estructura clara y simple, perfectamente comprensible para el usuario. Además esta organización del conocimiento debe ser fruto de un proceso de filtración y selección muy atinado en las distintas áreas del conocimiento. La información en la red es infinita, lo que suele abrumar al usuario. Pero no siempre esa información es de calidad ni pertinente. Por eso es cada vez más importante que el bibliotecario sea un buen especialista en el área de conocimiento en la que está trabajando. Porque, además, el bibliotecario debe crear metainformación, es decir, información sobre la información, bien por



médio de boletines electrónicos o por comunicación oral. Pero, en cualquier lenguaje, el bibliotecario debe ser capaz de tener un criterio valorativo sobre los contenidos de esa información.

Finalmente, y como consecuencia de todo lo anterior, debemos reflexionar sobre el nuevo perfil del bibliotecario. Necesitamos bibliotecarios competentes, bien formados no sólo en las técnicas de la profesión, sino especializados en las pertinentes áreas del conocimiento de sus bibliotecas. Pero, sobre todo, bibliotecarios que amen los libros. Bibliotecarios que sean capaces de imaginar y crear, que sigan creyendo que la gran biblioteca universal aún sigue siendo posible a través de la red y que sigan sintiendo que, aunque todo haya cambiado, los sueños de la humanidad son eternos, que siempre buscaremos el saber universal, es decir, que estén convencidos de que SIEMPRE ESTUVIMOS EN ALEJANDRIA.